

Nueva formulación del antiguo símbolo

Domingo a domingo, el grupo cada vez más pequeño de católicos practicantes que van a la iglesia recitan su confesión de fe. Lo hacen obedientemente y de buena fe, como un ejercicio obligado, anunciando -más mecánica que conscientemente- las buenas nuevas allí incluidas. En caso de que el creyente moderno quisiera asumir estas buenas nuevas como algo propio, al mismo tiempo que las recita, no le sería fácil porque esta síntesis de nuestro mensaje cristiano, concentra de manera focalizada, todas las dificultades que la heteronomía bíblica tiene guardadas *in pectore* para él.

El malestar originado de este modo en las últimas décadas, ha generado una proliferación de credos en las iglesias o capillas progresistas. Su textura es local y cada vez más moderna. Lo que encontrarán en este capítulo es sólo una traducción fiel de aquello que confesamos en el antiquísimo Símbolo mediante un lenguaje heterónomo, pero ahora desde una concepción teonómica. Sin embargo, pareciera que todavía vamos a tener que utilizar este Símbolo antiguo por bastante tiempo más... Los creyentes que aún permanecen apegados al pasado, todavía son la mayoría de los que asisten a la misa dominical y no tienen prisa por tener un nuevo símbolo, pues se sienten muy seguros con el antiguo.

Y en la jerarquía, los vigilantes de la fe tampoco están pensando en verter el vino antiguo en odres nuevos, por mucho que los viejos ya estén mostrando sus hilachas y agujeros. La única salida que le queda al creyente moderno es la de conectar un «transformador» espiritual a cada uno de los «doce artículos». Pero ese es más un mal necesario que un bien deseable.

En este capítulo queremos recorrer fielmente los doce artículos de la fe, en la forma occidental abreviada en que de hecho se repite el símbolo en las celebraciones litúrgicas. A ojos de los guardianes de la liturgia en el Vaticano, este Símbolo en realidad no es más que un hijo adoptivo que, sin tener condiciones para ello, está ocupando el lugar que en derecho le correspondería al gran Credo de Nicea y Constantinopla. Escuchamos este Credo, así llamado por la primera palabra latina de su comienzo, en las misas polifónicas de la historia musical europea. Pero en ese caso uno lo escucha, no lo confiesa; por eso no nos presenta ningún problema. La dificultad empieza a planteársenos cuando el celebrante lo recita desde el altar o en el púlpito el domingo. Este capítulo se propone abordar esos problemas.

Pero antes, haremos una advertencia importante. Una confesión de fe no es un acontecimiento destinado a aprobar una construcción intelectual mediante una voto de mayoría o un decreto. Es la aceptación de la comunicación que Dios hace de sí mismo. Cada uno de los artículos trata de Dios. Su nombre nunca está dicho en la tercera persona. Puede que lo sea en términos gramaticales, como en la frase anterior. Y es lo que, por desgracia, sucede a menudo en nuestro lenguaje. En la realidad, él es siempre la segunda persona, el gran Tú, a quien uno debiera acercarse siempre con respeto.

Creo en Dios Padre, todopoderoso

«Creo en Dios» es una frase que expresa lo esencial de nuestra postura existencial de fe, y lo expresa para todos, también para el creyente moderno. Por eso debemos conservarla. Pero a continuación nos encontramos con el calificativo «todopoderoso», que eventualmente puede darnos la falsa impresión de que Dios fuera un mago espectacular capaz de intervenir a voluntad y arbitrio para someter el orden cósmico. La palabra griega *pantokrator*, traducida como todopoderoso, también puede significar: quien todo lo domina. Y quien puede dominarlo todo, puede ser llamado también el milagro original, en cuanto que produce desde sí mismo la totalidad del orden cósmico, pero por supuesto que no en cuanto que pudiera perturbarlo a voluntad.

Cuando hablamos de producir el orden cósmico evocamos el concepto de creador. Pero eso no significa adosarle la apostilla filosófica de «hacedor a partir de la nada». La Sagrada Escritura no conoce el concepto de «nada», pero además falta en esta formulación filosófica lo esencial de lo que hoy se entiende por creación en términos intramundanos, esto es, que la obra creada sea una expresión material de la persona del artista.

El creyente moderno hace bien en olvidar cualquier forma de creación artística que pudiera prolongar su existencia de manera independiente del que la creó. Creador significa el fundamento último de todas las cosas, en cuanto su ser inabarcable se hace cada vez más visible en todas las maravillas del universo en evolución (llamadas «cielo y tierra» en el Símbolo).

El Símbolo llama al mismo tiempo Padre a este milagro que todo lo produce y domina. Lo que es una audacia inaudita, y podría llegar a ser una impertinencia, si uno mira las cosas horribles y malvadas que pululan en este cosmos producido por él. Pero el creyente está en condiciones de justificarse al dar el nombre de Padre a ese Dios, pues al hacerlo, está refiriéndose a la experiencia profunda que tuvo Jesús de Nazaret de él y a su tradición judía. Entonces si queremos saber lo que este título debe evocarnos, debemos dejarnos aconsejar por este Jesús y su tradición. El resultado será que él no sólo nos da la certeza de ser amados gratuitamente, sino que nos señala la exigencia de obedecer los impulsos de este padre y de aceptar lo que pueda sobrevenirnos sin que nosotros podamos cambiarlo.

Y en Jesucristo, su único hijo, nuestro Señor

El creyente teonómico también puede estar de acuerdo con esta fórmula. Pues la interpretación del concepto «hijo único» introducida por el Concilio de Nicea no se impone para nada, como tampoco lo hace la doctrina trinitaria vinculada con ella. La palabra hijo debe entenderse en el sentido del Antiguo Testamento, donde hijo de Dios es un título que le corresponde al Mesías como rey de Israel, a todo el pueblo, a los ángeles y a Adán (en el árbol genealógico de Jesús según Lucas). En todos estos casos, «hijo» significa figura y parábola, así como también objeto de especial amor y cuidado.

Este es el Jesús a quien confesamos en el Símbolo. El nombre de Cristo no es un agregado corriente, ni menos un apellido familiar. Es la traducción griega del título honorífico del Ungido en el Antiguo Testamento, que era una forma para designar al rey como consecuencia de haber sido ungido como tal, por lo que se lo llamaba «mesías», traducción española de la palabra aramea que significa «ungido». Este título está lleno de promesas de bienestar y felicidad.

Integrándolo todo, lo llamamos nuestro Señor y así confesamos la grandeza trascendente del artesano de Nazaret. Para nosotros Él es mucho más que un maestro de la sabiduría como Sócrates o Buda, o que un fundador de religión, como Mahoma, o que un profeta como Moisés o Elías. Es la revelación poderosa que Dios hace de sí mismo en medio de nosotros y participa por tanto de la gloria de Dios.

Debemos pensar de nuevo lo que seguimos confesando de él. No en lo que se refiere a su concepción y nacimiento de María, pues son datos históricos, y un historiador no confiesa sino que comprueba. La confesión debe ser objeto de reflexión en lo que se refiere a los agregados «por obra del Espíritu Santo» y «virgen». Para desembarazarse de estos obstáculos heterónomos tenemos que dejar de pensar en términos fisiológicos. El espíritu de Dios no es un sustituto de José.

Lo que confesamos es la acción creadora de Dios en la persona y la aparición de aquel Jesús, hijo de José y de María. Esta acción se proyecta simbólicamente y en una mirada retrospectiva hacia los mismos comienzos de su existencia. De ese modo, se pierde la resonancia fisiológica de la palabra «virgen». Este tema ha sido tratado más detalladamente en el capítulo 10.

Lo que sigue a continuación, parecería pertenecer a la categoría de datos históricos, pues están muy lejos de la dimensión de la fe. La calendarización «bajo Poncio Pilato» reafirma esta impresión. Pero si la miramos más de cerca, nos damos cuenta de que la historicidad es sólo aparente. Porque de este modo, estamos confesando nuestra fe paradójica en un Mesías que ha sufrido la mayor de las derrotas, en un Salvador que no se ha podido salvar a sí mismo. Y una afirmación así presupone la fe. Además en el latín original del Símbolo, la muerte desilusionante de este Mesías viene subrayada por un llamativo agregado mitológico que extrañamente falta en el Credo grande de Nicea, según el cual «descendió a los infiernos». Estos infiernos, o mundo inferior, son el Sheol o Hades, del que se habló en el capítulo 12. Nadie sabe lo que se puede hacer con ello. Según los bizantinos, se trata de seguir la extraña huella de la I carta de Pedro 3,19, donde se cree saber que Jesús, después de su muerte les fue a predicar a los espíritus del mundo inferior. En los íconos bizantinos está representado plásticamente: el resucitado ha sacado de sus goznes el portón material del mundo de abajo y lo ha destrozado, de tal manera que los pobres diablos que hacían de porteros quedan aplastados debajo, mientras los patriarcas son liberados del Sheol.

En esta figura hay una intuición muy valiosa: la fuerza de vida del resucitado ha abierto el futuro y ha iniciado un nuevo comienzo. Desgraciadamente la imagen que la representa está cargada de heteronomía. Otra interpretación posible es la oficial del *Catecismo de la Iglesia Católica*, en el n° 636. En ella el descenso hacia el mundo inferior sería una repetición y un reforzamiento de lo que precede, esto es, que él murió y fue sepultado. En el fondo, el mundo inferior de los antiguos no era más que una interpretación mitológica del destino

oscuro del ser humano que muere y es sepultado. Hay traducciones, como la alemana, que evitan el problema con la frase: descendió al reino de la muerte.

Al tercer día resucitó de entre los muertos

El texto histórico recién mencionado sobre la muerte de Jesús de Nazaret se vincula sin solución de continuidad con las expresiones de la fe que vienen a continuación. Quien no puede aceptar la segunda parte de esta frase, -las expresiones de fe-, tampoco puede creer en el ajusticiado, con todo el contenido de esta fe. A lo más puede aceptar la existencia histórica de Jesús, y admirarlo mucho. Pero, ¿es posible aceptar que hoy esté vivo alguien que murió hace 2000 años? Sí, por cierto, porque a lo largo de toda la historia se le ha llamado el Viviente. Lo que no implica que esa palabra deba entenderse en términos biológicos, sino de acuerdo a lo que entendemos por Dios. Esto supone que también debemos terminar con la corporalidad material superada por la palabra «resucitó» en el lenguaje heterónimo de la Sagrada Escritura y del Símbolo, lo mismo que con la corporalidad material del resucitado.

Confesar que Jesús «resucitó al tercer día de entre los muertos» exige olvidar el sepulcro vacío y todos los relatos que circulan en torno a él, y entender el «tercer día» en forma simbólica, como una expresión de la presencia salvadora de Dios hasta en el ajusticiamiento de su elegido. La frase «resucitó de entre los muertos» es una imagen del hacerse completamente uno con Dios, el cual es vida y creatividad sin medida. Lo mismo sucede con el «subió a los cielos», que debe ser desvinculado de todo aquello que recuerda a los astronautas. Si sabemos que «cielo» en la Sagrada Escritura es un sinónimo respetuoso de Dios, será más fácil comprender que «subir al cielo» significa desaparecer en Dios, es decir, que en la muerte libremente aceptada de Jesús, se ha cumplido su unificación total con el milagro divino original. La expresión mitológica de estar sentado a la diestra del Padre es un tercer sinónimo de lo mismo, el cual esta vez ha sido tomado de los salmos.

Desde allí ha de venir a juzgar los vivos y los muertos

Si lo anterior ya estaba abundantemente condimentado de mitología, lo que sigue es un verdadero enjambre de representaciones mitológicas entrelazadas unas con otras. El capítulo 12 explica suficientemente el origen de esta formulación. Pero, ¿de qué nos puede servir ahora, o qué mensaje de buena nueva puede tener todavía para nosotros? Ya no vivimos en el clima espiritual apocalíptico del siglo primero. La «venida» de la que nos habla el Adviento

debe liberarse de su envoltorio mitológico. El Nuevo Testamento lo fue haciendo en la medida en que fue reemplazando la expectativa original creada por la aparición repentina del Mesías entre «las nubes del cielo», la que a su vez remonta a Jesús mismo, por la fe en un crecimiento intramundano del señorío de Dios y del amor. El «juzgar» también debe ser liberado de las representaciones que se le atribuyen y que están contextualizadas en el Juicio Final.

Todo esto no es irrealizable, porque pronunciar un juicio y hacer justicia consiste esencialmente en restablecer el derecho que ha sido pisoteado, rectificar nuevamente lo que alguien ha torcido. En un ordenamiento jurídico primitivo que opera todavía inconscientemente como modelo, el restablecimiento de que hablamos consiste en castigar al culpable. Pero el ordenamiento divino del amor consiste más bien en la sanación o curación del sufrimiento, la expulsión de lo malo desde el corazón mismo del ser humano mediante la fuerza del amor y la consumación definitiva de la humanidad que de ello se deriva. El agregado de «los vivos y los muertos» no debe hacer pensar en la vuelta a la vida de los millares de cuerpos ya corrompidos, sino en que esta consumación abarca a la humanidad entera, la de antes y la que viene.

Creo en el Espíritu Santo...

Los últimos artículos del símbolo contienen claramente una buena nueva. Primero, la fe en el espíritu santo (o Espíritu Santo). La Iglesia primitiva confesaba su fe en el espíritu creador de Dios, largo tiempo antes que apareciera la doctrina trinitaria clásica. Hablar del espíritu de Dios era hablar del mismo Yahvé en su aparición creadora, salvadora y santificadora. En nuestra confesión de fe, no necesitamos ser más creyentes que la Iglesia de los dos primeros siglos.

Esta postura dinámica del «creer en» determina gramaticalmente a la «Iglesia católica» de la que se habla enseguida, y la rodea con una aureola de santidad. Porque ella viene incluida en la oración con la que el corazón se entrega a Dios y a Jesús y al espíritu de Dios. El calificativo de «santa» que le fue agregado lo subraya una vez más, pues el carácter de santo siempre apunta a una participación en el ser trascendente de Dios.

Lamentablemente el creyente medio entiende mal el concepto de «Iglesia católica». Piensa que se trata de la institución católico-romana, lo que genera críticas en lugar de una aceptación. Pero en este caso, «católica» es la traducción literal de un adjetivo griego que significa «universal», como contrapuesto a «local». De ahí que la

Iglesia, como *catholica*, abarca a todos los cristianos, por oposición a «romana», que designa algo local.

Sólo podemos creer en esta Iglesia de seres humanos. Esto seguirá siendo así mientras en la tierra haya seres humanos que reconozcan la presencia de Jesucristo viviente en esta figura falible. La imagen de la vid puede ser una ayuda importante.

En cuanto al agregado «comunión de los santos», es posible optar. Si lo leemos como sinónimo de Iglesia, entonces pensamos en el sentido del Nuevo Testamento que llama a los cristianos con ese nombre unas cuarenta veces. Ciertamente, quienes han dejado entrar la santidad de Dios en su ser, por el vínculo que los une a Jesucristo, son seres humanos. Una opción alternativa es leer la forma latina *sanctorum* como un neutro, entonces la traducción sería: «las cosas santas», entre las que se incluyen sobre todo los signos rituales de la Iglesia, y en particular el agua del bautismo y el pan y el vino de la eucaristía. El concepto de «comunión» significa entonces la participación común en esas cosas santas.

El perdón de los pecados no tiene nada que ver con la confesión. A la confesión como sacramento le faltaba mucho tiempo para nacer cuando esta fórmula pertenecía ya al credo. La Iglesia primitiva veía la realización del perdón en el bautismo. En relación con el bautismo hay que liberarlo de la representación medio mágica que se ha depositado sobre él como una gruesa costra a lo largo de los siglos. Pero antes hay que liberar al perdón del aroma heterónimo que lo rodea. No se trata de una amnistía, ni de una absolución, ni de una remisión de pena, pues estas acciones no nos cambian existencialmente. Y lo que no toca y cambia nuestro ser más profundo no nos salva. Perdón significa esencialmente una sanidad interior del ser humano que se realiza poco a poco a través del amor que va haciendo retroceder al egoísmo paso a paso. Perdón es así la buena noticia de que el milagro divino se esfuerza en transformarnos en el ser auténtico y liberado que quisiéramos ser.

El hombre y la mujer modernos no pueden suscribir de ninguna manera la frase sobre la «resurrección de los muertos», pues es impensable que las moléculas de su organismo, una vez desorganizadas, puedan volver a reconstituirse completamente después de un tiempo imprevisible. Y la palabra consoladora de la heteronomía, según la cual para Dios no hay nada imposible, no aporta nueva luz al pensamiento sobre este punto. ¿Qué mensaje de buena nueva puede haber entonces en este artículo? Que el ser humano, el cuerpo en el lenguaje de Israel, está llamado a crecer a través de la muerte mediante la fuerza del soplo de Dios que es amor. De ahí se sigue

con razón «la vida eterna», como complemento y a la vez como sinónimo explicativo de la resurrección de los muertos, que de suyo sería imposible de aceptar. «Eterno» y «vida» pertenecen al lenguaje figurado que se apoya en experiencias intramundanas. Sabemos lo que es vida. En primer lugar, es algo de naturaleza bioquímica, pero tenemos experiencias que superan esta naturaleza y apuntan a la superación absoluta de este nivel bioquímico. Sabemos también lo que es tiempo, conocemos su limitación esencial y la negamos sin podernos imaginar lo que sería realmente un tiempo sin límites. Sabemos sólo que se trata de algo bueno, algo así como plenitud, sin amenazas, virginal, pleno, y que por último ha de ser amor y semejante a Dios.

Para terminar, agregamos aquí un ensayo de formulación de nuestro credo que corresponda a las exigencias que acabamos de enumerar. Esta nueva formulación está redactada de tal manera que permanezca en la corriente viva de la tradición cristiana, y sin embargo quede libre de la heteronomía apegada a casi cada frase de la formulación tradicional. Puede ayudarnos a liberarnos de la tarea cansadora de estar siempre conectándonos a un «transformador» que nos permita repensar las frases heterónomas en términos de teonomía. Tal credo podría ser como lo que sigue:

Creo en Dios, amor infinito,
que expresa soberanamente su ser más profundo
en la evolución del cosmos y de la humanidad.

Y en Jesús, nuestro Mesías,
imagen única de Dios,
nacido de padres humanos,
sin ser obra humana,
sino fruto enteramente de la gracia salvadora de Dios.

El recorrió el camino del sufrimiento y de la muerte,
fue crucificado por orden de Poncio Pilato,
murió y fue sepultado,
pero vive en plenitud,
porque se abrió y quedó absorbido enteramente en Dios,

llegando a ser por lo mismo una fuerza sanadora,
de manera que puede guiar a toda la humanidad a su plenitud.
Creo en la acción inspiradora del soplo de vida de Dios
y en la comunidad universal de la Iglesia,
en la que Jesús, el Cristo, sigue viviendo con rostro humano.

Creo en el don de Dios,
que nos sana y hace de nosotros una nueva creación,
para llegar a ser, por fin, seres humanos.

Y creo en el futuro divino de la humanidad,
un futuro que significa la vida sin límites.
Amén.